

EDITORIAL

Este nuevo número de *Papeles de Trabajo* nos encuentra transitando el camino de la consolidación de nuestro equipo de trabajo y de un lugar de reconocimiento por parte de los autores para publicar los resultados de sus investigaciones y reflexiones. Aunque queda mucho por hacer aún, los años transcurridos nos otorgan la experiencia suficiente para capitalizar los aprendizajes y comprender la dinámica del campo intelectual al que no solo va dirigida la revista, sino que también la hace posible como un producto académico con perfiles definidos. Esta certeza, lejos de menguar nuestros ánimos, por el contrario, nos impone como meta insoslayable la renovación permanente del compromiso. Quizás sea la principal característica del trabajo editorial en publicaciones periódicas como la nuestra: terminar un número para volver a gestar otro, con la profesionalidad y el entusiasmo de siempre. Este ciclo que empieza y termina para volver a empezar es como una metáfora de vida y, en ese sentido, puede ser representada como la savia que nos sustenta.

Antes que los lectores sospechen de algún sustrato naturalista en nuestras metáforas, conviene aclarar que estamos pensando en el *hacer* para *crear* una publicación permanente, lo que nos coloca a los editores en la resolución de tensiones diversas ligadas a las continuidades y rupturas, a los cambios y a las permanencias, a las divergencias y las coincidencias, a los imperativos del contexto y a las tomas de decisiones al interior del equipo; ese trata, en definitiva, de una *práctica social* continua que involucra la producción, circulación y validación de conocimientos.

Hemos dicho muchas veces que *Papeles* es resultado de un diálogo creativo y azaroso entre autores, evaluadores y editores, pero las propuestas que se gestan en ese diálogo son las que inspiran las líneas de reflexión para pensar y pensarnos como agentes editoriales en este caso. Entonces, que en la presentación del N° 13 reivindicemos nuestro trabajo como una práctica social sujeta a las tensiones mencionadas está relacionado con las reflexiones que nos proponen los autores en esta oportunidad. A través de los objetos de estudio que los convocan, y a través del modo en que los analizan y tematizan en sus trabajos, aparecen tensiones semejantes que pueden pensarse en el orden de lo pasado-presente, de aquello que se fractura y/o continúa, de aquello que se interrumpe y retorna en contrapuntos para ayudarnos a comprender algo de la realidad. Estas dinámicas se producen tanto en el terreno empírico como en el teórico. Algunos de los autores no salen indemnes de este esfuerzo intelectual, en la medida en que sus posicionamientos como analistas los implican en una enunciación epistemológica y política que se vuelve torrente más allá de los objetos, o mejor dicho, a través de sus objetos. Ello es inherente no solo al trabajo de producción intelectual en sí mismo, ya que es imposible la asepsia epistémica, sino también al compromiso ético no complaciente con la producción de conocimiento que asumen los autores al vertebrar sus objetos en el marco de esas tensiones. Los lectores tendrán la oportunidad de leer cada uno de los trabajos aquí presentados para conocer, según sus propios intereses, los temas y perspectivas con que se exponen. Nosotros, como editores interpelados por la construcción de una trama tejida entre los textos, nos apropiamos –tal vez indebidamente– de algunos tópicos para presentar esta nueva edición de la revista.

Continuidades, rupturas y contrapuntos

El artículo de Gabriela Gómez estudia la construcción de legitimidad popular por parte de la dictadura chilena comandada por Augusto Pinochet entre 1973 y 1988. La descripción minuciosa que hace la autora de las políticas de Estado implementadas por la dictadura para atender la cuestión social implica claramente una continuidad de referencia para ese gobierno de un interlocutor anónimo y distorsionado, representado por el gobierno democrático de Salvador Allende. La autora muestra que la preocupación por la pobreza y la asistencia social, el problema de la vivienda, la situación de los jóvenes y las familias, y la reorganización municipal fueron parte de una retórica y una acción estatal que cumplía con dos funciones básicas y hasta cierto punto pa-

radólicas: paliar los efectos de las políticas neoliberales y tecnocráticas que implementaba el propio Estado, y aumentar los sistemas de control de la vida cotidiana para despolitizar, desmovilizar y erradicar todo vestigio de participación política. La intervención estatal para la despolitización no solo se justificó a partir de una supuesta vocación social (que la autora denomina “dimensión propositiva” de la dictadura), sino que su intención fue resocializar, reeducar y reorganizar de manera definitiva a los sectores populares y a la ciudadanía en general, inculcando nuevas creencias y valores que impidieran el resurgimiento de anteriores lógicas políticas. El contrapunto que nos interesa señalar en este trabajo es la perspectiva de la continuidad, en línea con los estudios que enfatizan los procesos de construcción de hegemonía antes que los aspectos represivos, de exclusión y marginación de sectores sociales, ya ampliamente abordados.

El artículo de José Muzlera describe y analiza las características de los comportamientos económico-empresariales de los contratistas de maquinaria agrícola de la región pampeana argentina en el último lustro. Con un trabajo etnográfico, nos acerca a un sector social empresario que conocemos poco, y lo hace describiendo no solo sus perfiles, actividades y pensamientos, sino también el entramado de una dinámica de la economía rural actual altamente tecnificada y en expansión. Los contratistas de maquinaria agrícola se descubren como un tipo particular de empresario en función de las características de los productores que son sus clientes, de la posibilidad de conseguir y conservar mano de obra calificada y la necesidad o no de tomar créditos para la compra de equipamiento. Aunque su estudio es sincrónico, no deja de señalar la continuidad histórica de la intermediación y contratación de servicios para las tareas del campo, y el particular protagonismo que, un siglo después, adquieren los contratistas, “con un agro pampeano mecanizado en su totalidad, orientado a un mercado externo globalizado, en donde la separación entre propiedad de la tierra y capital es cada vez más creciente”. En este sentido, la actual coyuntura del campo es en sí misma una ruptura con las prácticas anteriores que convierte a los contratistas de maquinaria agrícola en sujetos clave para entender el funcionamiento del entramado productivo agrario y de la subjetividad de los sujetos que juegan su destino y sus riesgos en él. El contrapunto que observamos en Muzlera está, tal vez, entre la tradición y la modernidad, por la importancia que le otorga al *habitus* cuando distingue dos formas de comportamiento empresarial entre aquellos sujetos que provienen del mundo rural (exchacareros), que tienen un apego mayor a la tierra y se resisten, por efecto de experiencias pasadas frustrantes, a tomar créditos, y los nuevos sujetos que irrumpen en el escenario agrícola sin ese pasado chacarero y que encuentran en los créditos una forma genuina de

capitalización, de neutralización de la competencia y de la conquista de nuevos clientes.

El trabajo de Santiago Calise instala un tema de suma relevancia para la reflexión acerca de la comunicación en el mundo contemporáneo: la emergencia del medio digital en relación con otras formas comunicativas precedentes. Su propio objeto está vertebrado por la tensión entre la continuidad y la ruptura o entre los cambios y las permanencias, en la medida en que el medio digital es una estructura comunicativa novedosa que aparece posteriormente a otras como la oralidad y la escritura, la imprenta y las telecomunicaciones. Toda la argumentación del ensayo de Calise está construida entonces como un contrapunto punzante y clarificador, al mismo tiempo, entre el medio digital y aquellas formas comunicacionales previas. Esto no constituye una arbitrariedad del autor, sino que sigue una perspectiva teórica que enfatiza la convergencia tecnológica y la capacidad de internet para integrar diferentes medios de comunicación. Sin embargo, no resulta lineal ni sencilla la articulación, por lo que Calise selecciona lo que él llama algunos “puntos emblemáticos” entre medios de difusión y medio digital para ser discutidos en el ensayo. Si bien afirma que el medio digital puede constituirse como medio de medios, advierte sobre la infertilidad de parangonar las formas de comunicación anteriores con las del medio digital. Este constituye una plataforma diferente que permite hacer cosas que aquellas no hacen y que, aun cuando las absorba, opera sobre ellas una legítima transformación. La principal característica del medio digital es que permite realizar muchas operaciones que antes necesitaban de varios medios en uno solo. Calise finalmente es resignadamente esperanzador, a pesar suyo, para aquel sentido común social que sostiene que las computadoras traen la ruina de la escritura y de la lectura o de los vínculos sociales en el mundo actual. Señala las complicaciones del medio digital y pondera las limitaciones técnicas y las restricciones legales que atentan contra la supuesta libertad que promueve, la homogeneización de la información y las nuevas formas de explotación laboral que entrañan las profesiones vinculadas con su uso. La radio y la televisión siguen siendo, para el autor, los medios más populares y poderosos, y la interlocución cara a cara, el modo de comunicación prototípica.

Intelectuales, conocimiento y prácticas

Sin abandonar el eje de lectura de contrapuntos, continuidades y rupturas, el escenario que nos proponen Santiago Roggerone, Dolores Amat

y Alejandra De Gatica es el de repensar la producción de conocimiento como una práctica social, ética y política. Estos autores, al introducir los pensamientos de otros autores, sus argumentos nos llevan hacia dos polos aparentemente antitéticos que se retroalimentan: el problema de los fundamentos y validez de los conocimientos y el de su utilidad para la transformación social.

Santiago Roggerone estudia la relación intelectual entre Walter Benjamin y Theodor Adorno a partir del intercambio epistolar entre ambos durante un tiempo particularmente convulsionado del siglo XX. Pero el planteo de Roggerone va más allá de ese intercambio y del contrapunto entre los perfiles intelectuales de estos protagonistas; nos interpela para pensar la relación entre el conocimiento teórico y fáctico, entre ciencia y filosofía, entre la preservación de un espacio de libertad para las ideas y el pensamiento o su subordinación a las burocracias institucionales, entre la posibilidad de un conocimiento para la emancipación del hombre o para la reproducción de los mecanismos de dominación. Por otra parte, introduce, en relación con las obras de estos autores, la idea de una producción valiosa hecha de fragmentos, de lo inacabado, de lo incompleto, como resultado de un intento por entender un mundo que se desmorona y, con él, la imposibilidad del conocimiento abstracto y de los intelectuales para rescatarlo.

Dolores Amat propone un contrapunto, en cuanto diálogo crítico, entre Oliver Marchart y Hannah Arendt para poner en cuestión los fundamentos del conocimiento y la práctica política. La ontología de la contingencia de Marchart afirma, según Amat, la imposibilidad de cualquier certeza o fundamento sólido para el conocimiento humano. Sobre este postulado la autora construye dos preguntas a partir de las cuales introduce conceptos propios de Arendt: ¿Puede el pensamiento abordar la acción política si carece de fundamentos confiables para acceder a la verdad? ¿Qué puede esperarse de la filosofía o del pensamiento político si las ideas ya no pueden brindar parámetros sólidos para orientar los juicios o las decisiones? Arendt, al recuperar la tradición socrática, sepultada por el idealismo platónico, rechaza la posibilidad de ontologías o sistemas teóricos capaces de dar cuenta del todo y propone la comprensión activa, como prácticas abiertas a las dudas, a las incertidumbres y a las preguntas. Asume la limitación del pensamiento para construir teorías abarcadoras y finales, pero no abandona el ejercicio de pensar como camino para religar el pensamiento y la acción. En este sentido, apuesta a cómo pensar más que a los resultados o a las respuestas y es allí donde no renuncia a la opción por los fundamentos de la política, con la salvedad de que los parámetros de la política deben ser hallados en la arena política y no en las abstracciones de los intelectuales apartados del escenario político. El camino de Arendt, según

Amat, es partir de la ignorancia para empezar a desplegar desde ella una práctica de pensamiento.

Por un camino diferente, De Gatica en su ensayo nos introduce en preocupaciones semejantes sobre los fundamentos y utilidades del conocimiento. En el contrapunto, esta vez epistemológicamente solidario entre Bourdieu y Peirce, procura rescatar la dimensión productiva del conocimiento teórico, práctico, técnico, académico para la política y la transformación social. Es precisamente el camino de Arendt, el pensamiento como práctica, lo que también se desprende del ensayo de esta autora, en este caso, al rescatar la dimensión creativa y transformadora de los *habitus*. Pero también, De Gatica corre la frontera hacia la posibilidad epistémica de un status de igualdad de saberes como punto de partida de esa práctica y no como una aspiración a futuro o punto de llegada. Encuentra así, en la desjerarquización de saberes que promueva el vínculo permanente del pensamiento con la realidad, una certera posibilidad para que el pensamiento incida en la transformación social.

Hasta aquí nuestras consideraciones sobre los artículos con tema libre que publicamos en este número. Pero nos enorgullece también presentar el dossier coordinado por Gabriel D. Noel, con el título de “Las dimensiones morales de la vida colectiva: exploraciones desde los estudios sociales de las moralidades”. Este dossier incluye siete artículos que exploran las posibilidades de los estudios sociales de las moralidades en la comprensión de fenómenos sociales contemporáneos en diferentes contextos. La exhaustiva presentación de este por parte de su coordinador nos exime de mayores comentarios, que sin duda serán superficiales frente a la profundidad de esta. Solo queremos decir que el dossier retoma la preocupación por la dimensión moral de la vida colectiva que había sido, antes ser abandonada, uno de los pilares fundamentales de los estudios sociológicos y antropológicos del el siglo pasado. Retorna en nuevos escenarios empíricos y abre discusiones actuales y desafiantes no para crear una subdisciplina específica, sino para rescatar la potencialidad heurística del interrogarse sobre la dimensión de lo moral en la vida social.

Por último, esperamos que los lectores disfruten de este número de Papeles de Trabajo haciendo de la lectura una práctica social crítica y comprometida, como ha sido la de los autores en la producción de conocimientos y la nuestra, en cuanto editores, para difundirlos.